

PRESENTACIÓN

¿Qué hay detrás del déficit comercial de México con Asia?

Melba E. Falck

José Jaime López Jiménez¹

DOI: 10.32870/mycp.v15i43.376

Desde mediados de los años ochenta, cuando México aplicó una agresiva política de liberalización comercial, que en una primera etapa implicó la eliminación unilateral de aranceles y restricciones cuantitativas al comercio y en una segunda fase la firma de acuerdos de libre comercio, la economía mexicana se ha enganchado fuertemente a los flujos de comercio internacional y de inversión extranjera. Los siguientes indicadores así lo reflejan: el comercio total (exportaciones más importaciones) pasó de 20% a 60% del Producto Interno Bruto (PIB) entre 1985 y 2010; las exportaciones se multiplicaron seis veces entre 1993 y 2011 y las importaciones lo hicieron en cinco veces en el mismo periodo.

Actualmente, México se encuentra entre las principales 16 economías exportadoras e importadoras del mundo con un monto total de comercio de 637 mil millones de dólares en 2011. Por otra parte, entre 1999 y 2010 entraron al país 279 mil millones de dólares bajo la forma de inversión extranjera directa (IED), un flujo anual de 21 mil millones de dólares.

Al tiempo que México se liberalizaba, la economía internacional se vio sacudida por nuevos avances en las tecnologías de la información y por la fragmentación de los procesos de producción mientras Asia emergió como la fábrica del mundo. En la búsqueda de mayor competitividad, las compañías

1. Profesores e investigadores del Departamento de Estudios del Pacífico, del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, y miembros del SNI. ORCID <http://orcid.org/0000-0003-4926-0594>

transnacionales trasladaron sus plantas de producción a las economías de menor desarrollo relativo que, como ha sido el caso de México, se vieron favorecidas por estos flujos. También, apoyadas por los avances en las telecomunicaciones y en los medios de transporte, las empresas transnacionales reorganizaron sus esquemas de producción descansando cada vez más, para el aprovisionamiento de las partes y componentes utilizados en sus productos, en la subcontratación y en el *outsourcing*. Las cadenas de producción globales fueron el resultado de estos cambios y el dinamismo del comercio de bienes intermedios es un reflejo de los mismos.

En este entorno, México aprovechó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), que entró en vigor en 1994, para acceder al mercado estadounidense y para atraer inversiones. Con ello, el vecino del norte reafirmó su condición de principal destino de las exportaciones mexicanas y la principal fuente de inversión. A partir de 1995 la balanza comercial mexicana con Estados Unidos ha arrojado un superávit creciente que alcanzó los 93 mil millones de dólares en 2010, al multiplicarse por 8.5 veces desde mediados de los años noventa. No obstante, Estados Unidos ha ido perdiendo terreno como principal proveedor de mercancías para México, lugar que ha ido ocupando Asia. Así, si tomamos en cuenta a Japón, Corea del Sur y China, principales socios de México en Asia, la balanza comercial con esa región ha presentado un déficit crónico entre 1995 y 2010, que alcanzó los 64 mil millones de dólares en el último año. Eso significa que el déficit con Asia se multiplicó por 21 veces en ese periodo.

El origen de ese déficit tiene que ver, por un lado, con la inversión extranjera de Asia del Este en México. Por una parte, las empresas japonesas que comenzaron a llegar a México desde los años sesenta incrementaron su presencia en el país a partir de la firma del TLCAN, y ese flujo se incrementó con la firma del Acuerdo de Asociación Económica México-Japón (AAE) que entró en vigor en 2005. La IED japonesa se ha concentrado en el sector manufacturero, especialmente en el sector automotriz —en el que México ocupa el cuarto lugar como mayor exportador mundial— y en el sector electrónico. Tres armadoras japonesas, Nissan, Honda y Toyota, participan con una tercera parte de la producción automotriz en México y con una quinta parte de las exportaciones de ese sector. Muchas de las empresas japonesas establecidas en México importan partes y componentes desde Japón y desde otros países de Asia, como China y Corea, locaciones donde las empresas transnacionales japonesas tienen un lugar preponderante como inversionistas.

Por su parte, los bienes producidos en México, con partes y componentes asiáticos, son exportados a Estados Unidos y recientemente, a América Latina. Así, la mayor parte del déficit de México con Japón se explica por la inversión extranjera japonesa establecida en México; sin embargo, Japón contribuye, en parte, a la generación del superávit con Estados Unidos. Esta situación se repite con las empresas coreanas que se han establecido en México.

En el caso de China la situación es diferente, ya que las importaciones de bienes de consumo constituyen un alto componente de las importaciones desde ese país. Sin embargo, aunque la inversión de China en México es baja todavía, las importaciones de partes y componentes chinos se han ido incrementando, probablemente por la demanda de las transnacionales japonesas y coreanas establecidas en México. Es decir, las crecientes importaciones desde Japón y Corea, y en parte las procedentes de China, son el resultado de la inversión productiva de las transnacionales asiáticas en México, de los menores costos del transporte y de la fragmentación de los procesos de producción que los avances tecnológicos les han permitido.

Aunque cabe señalar que en el caso de China efectivamente las importaciones de bienes de consumo están compitiendo con los productores mexicanos, especialmente en sectores como el de textil y prendas de vestir, el del calzado y el de juguetes, por citar los más importantes. Aquí, el asunto es tener un terreno nivelado para posicionar a los dos contendientes al mismo nivel de competencia. Sin duda, China ha gozado de ventajas por las condiciones laborales de su fuerza de trabajo que ponen en desventaja a sus socios y esta es una situación que debería resolverse en el seno de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Pero, por otro lado, también hay que decirlo, algunos de los sectores mencionados han sido los que han gozado de mayor protección en México, retrasando con ello el desarrollo de sus capacidades competitivas.

Adicionalmente a lo expuesto líneas arriba, la fuerte importación de partes y componentes desde Asia tiene que ver también con la carencia de un sector fuerte de empresas medianas y pequeñas mexicanas, que pudieran convertirse en proveedores de las empresas transnacionales asiáticas establecidas en México. En este país no se ha desarrollado un vínculo entre proveedores mexicanos y empresas exportadoras; en tanto que en Japón dicho vínculo fue fundamental para el desarrollo económico de ese país. Con base en esa experiencia, el AAE con Japón fue el primer acuerdo de México que incluyó un capítulo de cooperación que contempla precisamente la colaboración para el desarrollo de proveeduría mexicana a las armadoras japonesas. Esto, por

supuesto, es una tarea de largo plazo. En la medida en que se logre desarrollar un sector dinámico de proveeduría nacional en el país, México estará en posibilidad de sustituir las importaciones de partes y componentes en las que fuere competitivo.

El presente número de la revista *México y la Cuenca del Pacífico* inaugura una nueva etapa en la evolución que la misma ha experimentado en los últimos años. A partir de este número se suprimen las secciones fijas de difusión que se incluían anteriormente, con la finalidad de reafirmar su carácter académico y de investigación. Este número contiene cinco artículos en su sección de “Análisis” y una reseña. En el primer trabajo, Gabriela Correa expone que la creciente presencia de China en todas las regiones del mundo responde a una estrategia de proyección internacional ascendente amplia y de largo plazo, que busca primordialmente el abastecimiento de insumos, la apertura de nuevos mercados a sus productos y el reconocimiento a su condición de país responsable en el ámbito internacional. La autora sostiene que esta presencia de China adquiere distintos matices y áreas de acción, que incluyen comercio, inversión, cooperación, ayuda económica, ayuda humanitaria e intercambios culturales, así como un sistemático acoso sobre Taiwán para evitar que logre el reconocimiento de la comunidad internacional. Con respecto al caso particular de los países del Caribe, la autora analiza las relaciones y experiencias de China con algunos de ellos y con las instituciones regionales para construir un contexto regional acorde a sus intereses y objetivos nacionales. En sus reflexiones finales, la autora aborda el debate sobre las diversas implicaciones e interpretaciones de la creciente presencia china en los países del Caribe.

Ana Lucía Salinas, de manera similar al trabajo anterior, examina el emergente papel de China en Ecuador. La autora argumenta que durante los años sesenta, cuando los encargados de la política exterior china empezaron a mostrar cierto interés en América Latina, Ecuador no era considerado propiamente como una prioridad. Sin embargo, desde el 2005, los chinos incrementaron significativamente su interés y su presencia en Ecuador. El aprovisionamiento de petróleo y de ciertos metales, principalmente cobre y oro, y la progresiva demanda de productos agrícolas se han convertido en los pilares esenciales en los que se sustentan la estrategia de Beijing hacia este país andino. Crear acceso a nuevos mercados que aseguren la comercialización de la pujante producción de productos manufacturados chinos, de su crecimiento y exportación, desempeña un papel importante en las relaciones entre China y Ecuador. Además, los chinos han evidenciado claramente su

posición política y militar en Ecuador, a través de un incremento en su fondo de ayuda económica para el desarrollo (FAD). De acuerdo con la autora, desde una perspectiva neo-estructural, se puede afirmar que Ecuador ha buscado reforzar su relación con China con el objetivo de beneficiarse de la innovación técnica que ofrece este país, a través de subsidios parciales y de alianzas estratégicas entre compañías locales y empresas chinas.

Roberto Hernández, por su parte, aborda la política exterior de China y sus implicaciones para las relaciones comerciales con México. El autor analiza la estrategia de comercio exterior implementada por China en las últimas décadas, misma que fue diseñada en el contexto de las reformas económicas de la etapa post-maoísta, que abarca el periodo del fin de la Guerra Fría hasta el presente, cuando el panorama internacional experimentó una aceleración y profundización del proceso de globalización económica y el surgimiento de un nuevo orden unipolar. El texto pone énfasis en la transformación económica de China y su influencia en la estrategia de comercio exterior, tomando como referencia algunos aspectos sustanciales de la experiencia mexicana en estos mismos campos. De igual forma, el autor examina la evolución de la relación comercial entre ambas naciones, en donde se destaca la creciente demanda de productos chinos y sus implicaciones económicas y sociales para nuestro país. Finalmente, el autor analiza el comercio de México y China con los Estados Unidos de América, en donde se resalta la creciente penetración de los productos chinos y el paulatino desplazamiento de los de origen mexicano en el mercado estadounidense.

En su interesante artículo sobre la influencia de Asia en la Nueva España, como resultado de la conquista de Manila en 1571 y el establecimiento del comercio Transpacífico —a través de los galeones de Manila o las naos de China— entre las Filipinas y Acapulco, Edward R. Slack expone que a partir de esos trascendentales sucesos arribó a la Nueva España una oleada constante de inmigrantes asiáticos, mercancías diversas y nuevas técnicas de producción que influyeron mesuradamente en la sociedad y la economía colonial como parte de un proceso que el autor denomina “orientalización”. No obstante, el mismo autor advierte que el término “orientalización” de ninguna manera se debe equiparar con el concepto de “orientalismo” de Edward Said, entre otros aspectos, por la relación histórica, única e íntima que la Nueva España estableció con Asia desde principios de la edad Moderna.

Finalmente, Daisuke Kishi en su trabajo explica, desde el punto de vista morfosintáctico, algunas características y fenómenos lingüísticos de dos

generaciones de migrantes mexicanos en Japón. Por un lado, el autor resalta la notable variación del género dependiendo de una u otra generación. Por otro lado, señala la discordancia gramatical y la omisión de algunas categorías gramaticales en la segunda generación. De acuerdo con el autor, la alternancia de códigos en el habla de los migrantes mexicanos presenta su característica propia. En su texto, el autor analiza básicamente la designación del género en los “japonesismos” utilizados por generaciones distintas de migrantes mexicanos.

Expresamos nuestro sincero agradecimiento a todos nuestros colaboradores por el apoyo brindado a *México y la Cuenca del Pacífico*, a los miembros tanto del Consejo Editorial como del Comité Editorial por su generosa e invaluable labor para preservar la calidad de la revista y al Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara por el apoyo para la publicación de la misma. [m](#)